

**Marta
Sanz**

**Monstruas
y centauras**

Nuevos lenguajes del
feminismo

Tres acontecimientos más una sentencia (el #MeToo, la carta de las intelectuales francesas, la huelga feminista del 8 de marzo y la sentencia de La Manada) han marcado la agenda en los últimos meses y han puesto en el punto de mira el concepto del feminismo hoy. Marta Sanz reflexiona acerca de lo que ello supone, cómo posicionarse ante esos hechos concretos, cómo «proteger» la lucha feminista de la simplificación y comercialización de un capitalismo que lo puede absorber todo, y piensa también sobre las cuotas y el poder, para llegar a la conclusión de que quizás lo que deba modificarse sea la noción de poder misma... Una reflexión de una mujer que se pregunta, en sus actuaciones públicas y privadas, en cada gesto y cada palabra, cuál es el camino hacia la igualdad.

*Para Elvira, a centaura
más valiente que conozco*

Estas páginas nacen del desconcierto que provoca la saturación informativa. Estoy expuesta a tantas fuentes que ya no sé casi nada. Estas páginas son el resultado de leer unos pocos periódicos –muy pocos– durante los meses de febrero y marzo de 2018. Hay personas que reformulan sus prejuicios a través de las noticias; hay personas que los afianzan; hay personas que, con sus prejuicios, se defienden de noticias que cada vez lo son menos. Así que estas páginas se componen del jugo gástrico con el que he digerido el Me Too, la carta de las intelectuales francesas y la huelga feminista de 2018. Son reflexiones dispersas y posibles vías de trabajo. Balizas. Puntos que se señalan en el mapa del tesoro. Las marcas que deja una goma de borrar cuando se ha escrito mal, a lápiz, una letra. Correcciones y frases.

1. Realidad: 8 de marzo

V*VULVITA PALPITA*. Me pongo tontamente contenta – ¿tontamente? He de corregirme: siempre identifico la contentura con la estupidez– cuando veo esta pintada en un muro. *Vulvita Palpita*. Es una pintada simpática que suena a nombre de personaje de dibujos animados. Aúna lo fisiológico, lo femenino y lo ingenuo. Es pícara, es porno, implica un uso cariñoso del diminutivo. Es 8 de marzo de 2018 y también estoy contenta porque mi amiga Elvira y yo vamos juntas de bracete como las señoras mayores que ya empezamos a ser. Ella me puso un whatsapp el día de antes: «¿Con quién vas a ir a la manifestación?». Yo le respondí: «Contigo». Me mandó una carita que ríe. Como la vaca que ríe que era la marca de quesitos que yo comía compulsivamente cuando llegaba a casa de madrugada un poco borracha y muy feliz, después de haber estado explorando la noche y a mí misma. Tenía quince o dieciséis años y mi inconsciencia –la mía, la de muchas– fue imprescindible para mis aprendizajes.

El caso es que ayer Elvira me mandó una carita sonriente. Nosotras, que a veces echamos de menos los bares con grasas y nos sentimos excluidas de la realidad como *target* hostelero, aunque no como *target* cosmético y sanitario, también hemos sucumbido a las caritas sonrientes. Soy la reina de los emoticonos: gitanas, aguacates, mier-

das, monos que se tapan los ojos, las orejas y la boca, unicornios, gimnastas que hacen una voltereta lateral –expresión de alegría–, jugadoras de baloncesto y levantadoras de pesas –fuerza física y de voluntad–, mariposas, mariquitas, pollitos que salen del huevo, codillos, corazones, caritas con gafas empollonas y caritas con el grito de Munch, caritas que se descomponen, lloran, miran al cielo, no pueden más... Yo, que abogo por el aprendizaje excelente del lenguaje articulado, por rehabilitar la filosofía en secundaria y hablar de Virgilio en la barra de los bares, me infantilizo usando emoticonos con deslizante habilidad patinadora. *Mea culpa*. Carita que lanza un beso. Gatito feliz.

Estoy contenta por ir a la manifestación con mi compañera del instituto porque, para nosotras, más allá de reivindicaciones compartidas, manifestarnos juntas constituye un ejercicio de memoria. O tal vez de nostalgia. Otro *mea culpa*. Por utilizar en un contexto político una palabra –*nostalgia*– que funciona como un eufemismo embellecedor del tiempo que se fue. La historia y nuestras caras como pasto de la cosmética y la publicidad. La media sobre la cámara de la nostalgia nos estira los pellejos y colorea la atmósfera del pasado en un sepia nebuloso al que no nos importaría regresar. Elvira y yo hemos hecho juntas muchísimos 8 de marzo y otras manifestaciones por causas que creímos –aún creemos– justas. Caminamos mirando hacia un lado y hacia otro. Llega un momento en que nos quedamos atoradas entre la gente y nos escabullimos, como hace años, por vías laterales. Leemos pancartas. Nos unimos a los cánticos. En realidad, se une Elvira: yo estoy un poco afónica tal vez como reacción psicósomática frente al trauma de que a mi marido le han extirpado un macroadenoma en la hipófisis. Los neurocirujanos y otorrinos le sacaron un pulpo, un calamar gigante, a través de las narinas, y yo me doy golpes en mitad del esternón por no haber dado la talla como cuidadora. Pero hoy Elvira y yo, olvidándonos de pulpos y angustias laborales, nos felicita-

mos porque en la manifestación hay mujeres jóvenes, viejas y de mediana edad. Mujeres maduras. Mujeres míticas en el feminismo y chicas muy jóvenes que dicen que se manifiestan porque tienen miedo, rabia y esperanza. También nos alegramos de la presencia de hombres porque, para ciertos asuntos, Elvira y yo somos poco ortodoxas. No nos parece mal que los hombres se unan. Nos parece estupendo, en realidad. Sin embargo, hemos venido solas y juntas. El marido de Elvira está trabajando y el mío convaleciente. No importa. Las mismas charangas. Las mismas canciones y estribillos. Muchas cosas que permanecen igual y otras que cambian.

Compartimos la sensación de que es muy importante estar ahí, entre otras razones, porque la manifestación culmina una jornada de huelga histórica. Como afirma Tània Verge, profesora de Ciencia Política y directora de la Unidad de Igualdad de la Universidad Pompeu Fabra, «Es una enmienda a la totalidad hacia una forma de organización social, económica y política que aplica contra las mujeres una injusticia distributiva y una injusticia de reconocimiento. (...) Por un lado, el capitalismo produce formas específicas de desigualdad para las mujeres, como una mayor precariedad laboral, una feminización de la pobreza, la división entre trabajo productivo y reproductivo, la segregación vertical y horizontal del mercado laboral o la brecha salarial. Por otro lado, la ideología patriarcal basada en la construcción social del género lo impregna todo de jerarquías de estatus y poder. Estas jerarquías son, a su vez, la base de las violencias machistas^[1]». Efectivamente. No se puede explicar mejor, y tal vez nosotras, sin darnos tantas explicaciones, hayamos hecho la huelga y estemos en la manifestación por los motivos que Tània Verge aduce. Los viejos motivos y los nuevos motivos: los que castigaban a la mujer en el marco de una dictadura ultracatólica y fascista —el luto, la pata quebrada, el adulterio, Soberano es cosa de hombres, cuando llegue papá te vas a enterar, los

toros y la minifalda, todos los hijos que Dios quiera— y los que la penalizan hoy en el contexto de un neoliberalismo en el que las mujeres tenemos las de perder como objetos y sujetos de consumo. Como explotadas laborales en el espacio público y como *pro-sumidoras*^[2] en el espacio privado.

Mientras íbamos andando o nos quedábamos atrapadas entre la gente, Elvira comenzó a contarme una historia que no me había contado nunca. Una historia, protagonizada por su madre, que no voy a desvelar aquí porque el drama se merece una novela, pero que sin duda remite a los pesos que soportaron algunas mujeres durante la posguerra española. Pesos religiosos, políticos, económicos y sociales para las familias y las mujeres de las familias de los rojos. Estigmas que se hacen aún más profundos durante los conflictos bélicos y los amargos periodos posbélicos. La Colometa de *La plaza del Diamante* quiere comprar una botella de aguarrás para quemar a sus hijos por dentro. Después se matará ella. El extremo de desesperación de la realidad superaría con creces el de las ficciones. Así que, mientras Elvira me detallaba la vergüenza y la penuria que padecieron su madre y la madre de su madre, yo sentí que Colometa —«me eché a llorar como si no fuese una mujer», dice un capítulo— estaba a nuestro lado.

También tuve cierto sentimiento de desubicación por escuchar una historia del álbum familiar en un día de reivindicaciones y luchas. Pero fue solo un instante. Porque me di cuenta de que el relato de mi amiga, en realidad, estaba cerrando un círculo perfecto: ese era el momento y el lugar para remover una historia de injusticia, culpa y redención protagonizada por tres generaciones de mujeres. Porque lo personal es político. Y como soy una irredenta *letraherida* y cada vez estoy más segura de que las ficciones son verdad —no, no padezco alucinaciones: estoy hablando de cómo metabolizamos la cultura que se nos hace bola, lorza o elástico músculo—, me acordé de otra no-

vela, *Tea Rooms*^[3], de Luisa Carnés, que también se habría manifestado con nosotras y quizá habría hecho un aparte, con Colometa y conmigo, para escuchar la narración de Elvira. Era casi como si Luisa Carnés y las trabajadoras del Tea Room que protagonizan su novela–reportaje, como si Mercè Rodoreda y su Colometa, frágil e incombustible, también se hubieran cogido de bracetete para formar una cadeneta dúctil y durísima. Vulvita Palpita se nos une y sus aventuras vaginales dejan con la boca abierta a la pobre Colometa, casada primero con un hombre que le hacía daño y después con un mutilado de guerra. Cuánta fortuna. Las mujeres debemos recolectar nuestros relatos y a la vez aprender a releer los relatos de los hombres con los que nuestra mirada y nuestra voz han sido alfabetizadas. El canon y sus márgenes. Esos escritores y artistas a los que no podemos renunciar porque forman parte de nuestra manera de entender el mundo.

Entre el bullicio, Elvira y yo charlamos de nuestras clavículas y vértebras, yo le pregunto por su hija y por su hijo, ella se interesa por mis viajes, escuchamos algún discurso. Acciones así sirven para unir a mujeres –reales, imaginarias– que se quieren y tienen mucho que decirse. Supongo que, mientras andábamos, a la una y a la otra se nos pasaron por la cabeza episodios de nuestras biografías que funden la convicción de conquista o su espejismo con la laboriosidad y las dificultades: los estudios; esas calles oscuras de noche por las que nos acompañábamos después de reírnos en los bares bebiendo cerveza o pacharán con Fanta Naranja, en la época en que los muros de la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid se adornaban con la consigna «Ni infanta naranja ni infanta limón, Cristina, chútate»; cómo nos íbamos ganando el derecho luminoso a hacer lo que nos diera la gana con nuestros cuerpos; el compromiso político y sentimental; la decisión de tener hijos o no; la obsesión por complacer en el trabajo; jefes y jefas; violencias salariales;

la soledad, el desánimo; las enfermedades propias, las de los familiares, los cuidados; la coherencia y las contradicciones; cierta dosis de satisfacción; los reencuentros felices –han pasado años, meses y parece que fue ayer–; el miedo al porvenir...

Dos mujeres que se quieren mucho –frente a los mitos del odio, los celos y las envidias, las mujeres también sabemos querernos bien– generan un discurso paralelo y sin embargo coherente con la lógica de una jornada reivindicativa: «El 8 de marzo, las mujeres quieren escribir una página nueva en la historia del país. El movimiento feminista propone a todas abandonar sus puestos de trabajo asalariado, las tareas del hogar, los cuidados, las aulas y dejar de consumir. Razones no faltan. La convocatoria del 8 de marzo es una huelga contra la violencia machista que se ha llevado por delante la vida de casi mil mujeres en los últimos catorce años según los datos oficiales. También es una movilización contra el sistema económico en el que la mujer realiza casi el doble de horas de trabajo no asalariado que el hombre –26,5 frente a 14, según el Instituto Nacional de Estadística. Una protesta contra un panorama laboral con una brecha salarial que roza el 30% y en el que casi tres millones de mujeres no llegan al salario mínimo, como indican los datos del sindicato de técnicos de Hacienda. (...) Es también un paro para reivindicar ser dueñas de nuestros cuerpos y para que sean reconocidos derechos sexuales y reproductivos, independientemente de la identidad sexual. Una protesta que clama, además, contra la Ley de Extranjería y los CIE^[4]».

La mecha empieza a arder porque lleva prendida mucho tiempo. Porque hay motivos y porque a Rajoy un día se le ve el lobo por debajo del osezno Mimosín: «No nos metamos en eso», recula cuando es interrogado sobre el fin de la brecha salarial entre hombres y mujeres. «No nos metamos en eso» como queriendo recordar que no está el horno para bollos y que, en épocas de crisis, existen

otras prioridades que pasan por la asunción de que ha de ser el cabeza de familia, hombre y blanco, el que debe llevar a casa el sueldo para sobrevivir. Además, a los jubilados las pensiones van casi a congelárseles y ya no actuarán como muro de contención/colchón de las miserias de sus hijos: «¡Hazte guardabosques!», le grita mi vecina Sara a su hijo pródigo, retornado al hogar y al seno materno, parado, divorciado, desahuciado socialmente. Las madres desnaturalizadas a veces no pueden más. Él juega al solitario del ordenador portátil –la de cal y la de arena, el misterioso consumo de los chabolistas–. «Mama, los guardabosques no existen», responde cansino. Elvira se ríe con esta anécdota que ya conté en un cuento, y nos felicitamos por tener aún salud para que el humor negro nos haga gracia. Tampoco existen los Reyes Magos ni los padres que se quitan la máscara delante de sus hijos para revelarles que ya solo queda el personaje, el cartón piedra, el miembro imaginario de las metáforas. Como si la realidad y las verdades fueran asuntos de un mundo periclitado. Elvira y yo jugamos a la ciencia ficción y fantaseamos con el color de nuestras canas, la flaccidez, el contenido de nuestras neveras de ancianitas sin pensión o con pensión simbólica. Escalofrío. Pese a los hologramas y la realidad virtual, la carne es tozuda y se retuerce y no se deja camuflar detrás del velo...

No existen políticas económicas y sociales que cuiden de los más desfavorecidos, de las minorías –y de las mayorías!– que están en riesgo de exclusión: paradas, inmigrantes, madres solteras, enfermas, mujeres y hombres trabajadores. Mujeres. Carne de ansiolítico. «Ingrésemme, doctora, mis hijos me dicen que estoy loca». Esta vez a Elvira el chiste no le ha hecho gracia. Desde una visión completamente personal y subjetiva, una de las arengas –sí, «arenga», ¿qué pasa?– más estimulantes del Manifiesto 8M exige una «despatologización de nuestras vidas, nuestras emociones, nuestras circunstancias: la medicali-

zación responde a intereses de grandes empresas, no a nuestra salud^[5]». Pasamos al lado del mismo muro de antes –Elvira y yo, pese a las aglomeraciones, tenemos la costumbre de recorrer la misma manifestación varias veces: somos de culo inquieto y zancada larga– y la vulvita, vulvita, sigue palpitando. «¿Y por las noches qué harás?». Temo que Vulvita sea insomne. Estoy segura de que no es muda. Me felicito por ello.

La liberación de Vulvita me lleva a pensar que nuestras preocupaciones y reivindicaciones no se anclan tan solo en un léxico nuevo. Gracias al chip detector del «micromachismo» –no sé si el prefijo es embellecedor y la palabra está fallidamente tuneada–, se positivizan imágenes que antes aparecían borrosas o se pasaban por alto. No obstante, sería un error creer que el huevo y la esfericidad achatada del planeta Tierra son un descubrimiento reciente: Aitana Ocaña de *OT* 2017 se levanta de un acto porque tiene la menstruación y se ha de cambiar. Abomina de todo lo que le huele a «micromachismo». En el excelente desparpajo de la cantante –no hay *boutade* ni tampoco utilización política del cuerpo– destaca una naturalidad que quizá no debería suscitar nos ni la sensación de prueba superada ni la amnesia. Elvira y yo repasamos esos «micromachismos» que para nosotras se llaman «pequeñas anécdotas, privadas y vergonzosas, con grandes repercusiones psíquicas y sociales, que hacía tiempo que no recordábamos»: el profesor de latín te llama «conejita» mientras te pregunta la segunda declinación; el catedrático de teoría de la literatura, después de calificar tu examen con matrícula de honor, te sugiere casamiento con un colega de curso porque «detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer»; otro profesor, que quiere ligar contigo, te pega una hostia porque está borracho; a la médica que te atiende alguien le pregunta «Guapa, ¿cuándo viene el doctor?»; sabes que tu tío le rompió un brazo a tu tía; todo el mundo da por supuesto que te has acostado

do con tu jefe porque en el trabajo te ha ido bien; tu esterilidad es un hecho probado: llevas veinte años con un hombre y no has tenido una hija, gemelos monocigóticos, mellizos; un hombre con el que una vez te magreas dentro de un coche –periodo rosa de los experimentos instructivos, de la curiosidad y las exploraciones por la selva– te susurra «mi niña, mi niña» mientras te hace daño al meter los dedos en tu vulvita palpita y tú te callas porque aspiras a ser la mujer más deseada, recordada, reclamada, experta, irresistible... Mi obcecación y mis irritaciones se anclan en mi recóndito machismo, en mi asunción de un modelo que me perjudica.

Por respeto hacia las mujeres que lucharon antes que nosotras, por reconocimiento histórico y porque no deberíamos retroceder –rebobinar la película–, conviene no olvidar los logros en la lucha por la igualdad tras la muerte de Franco. Charo Nogueira en *La mujer que dijo basta* repasa alguno de ellos. El año 1975 fue nombrado por la ONU Año Internacional de la Mujer, y en este país tal proclamación no sirvió solo como lavado de cara, sino que arrinconó casi definitivamente a las camisetas azules de la Sección Femenina. Aunque aún usemos potentes limpiadores y capas de minio para acabar con ese óxido franquista que corroe la moral pública y privada. Pese a todo, ese año las mujeres españolas pudieron abrir una cuenta bancaria sin pedir permiso a su marido y las casadas dejaron de ser equiparadas a los menores, dementes y sordomudos en cuanto a la capacidad de obrar y prestar consentimiento en contratos. Merecería la pena reflexionar sobre los derechos de los dementes y los sordomudos. Las mujeres casadas, a partir de esa fecha, tampoco tendrán ya que pedir permiso para comparecer ante un tribunal. Podrán aceptar una herencia y disponer de esos dineros o propiedades, podrán contratar y ejercer la actividad mercantil. Incluso podrán elegir el domicilio conyugal de común acuerdo con su esposo sin someterse a la decisión

del hombre. Se reivindica la educación sexual, el divorcio y el derecho al aborto. Hay manifestaciones, cargas policiales; replanteamientos y fracturas en familias que no logran entender las reclamaciones de estas mujeres. Y muchas feministas, sanitarias y juristas pioneras de las que no nos podemos olvidar: Lidia Falcón, Elena Arnedo, Cristina Almeida, Manuela Carmena, Empar Pineda, Cristina Alberdi... Eran demonios y se hizo de ellas mofa y befa. Le cuento a Elvira, mani arriba y mani abajo: «¿Tú sabes que mi tía Alicia fue una de las primeras mujeres divorciadas en este país?». «No me digas», reacciona Elvira. «Sí, la divorció Consuelo Abril». Luego, a este país también llegó la ingenua convicción de haber tocado el cielo con los dedos, el desencanto, las metamorfosis licantrópicas, el conservadurismo basal...

Hoy aún quedan muchísimas razones para seguir siendo feminista tal como se deduce de la lectura del documento «La precariedad laboral de las mujeres en la crisis y su recuperación», elaborado por José Daniel Lacalle, de la Fundación de Investigaciones Marxistas: «Basándose en las cifras de Eurostat se nos repite machaconamente que la brecha salarial está en el 14,9%, por debajo de la media europea, sin aclarar que las cifras de Eurostat son del salario medio por hora, y que en la Encuesta de Población Activa de finales de 2017 casi una de cada cuatro mujeres ocupadas trabajaba con un contrato a tiempo parcial, de forma no deseada, es decir con contratos impuestos por la patronal como única opción de tener un empleo». En el mismo documento se aportan datos sobre cómo a partir de los treinta años el salario de los hombres aumenta de forma constante y el de las mujeres no, de modo que, a la altura de los cincuenta y cinco años, la brecha salarial entre trabajadoras y trabajadores alcanza el 37%. Según fuentes de UGT esta brecha, definida como «la diferencia entre la retribución media percibida por las mujeres en concepto de pensión y la percibida por los hombres, era

en 2015 del 37,92% en España^[6]». Remito al informe citado para comprobar que, en temas como la tasa de temporalidad, el trabajo a tiempo parcial, el paro, el paro de larga duración o la inactividad, la situación de las mujeres es siempre peor que la de los trabajadores varones. En lo que se refiere al «trabajo no pagado», la situación no es mejor: «Las mujeres destinan 26,5 horas a la semana a cuidar a hijos o familiares, tareas domésticas y colaboraciones sin sueldo en ONG, frente a las catorce horas de ellos». Esta circunstancia no se relaciona con la condición laboral, ya que la cifra oscila muy poco tanto si las mujeres trabajan a tiempo parcial, tienen media jornada (29,6 horas por 13,9) o trabajan a jornada completa (25,2 horas frente a 13,9). La diferencia se hace más profunda con la llegada de los hijos^[7].

La violencia económica, la violencia estructural, se desarrolla en paralelo a la violencia machista contra el cuerpo de las mujeres. El acoso, el abuso, la violación y el asesinato. Cristina Fallarás^[8] anota la abigarrada agenda de los feminicidios cometidos en España desde el domingo 1 de enero de 2018 hasta el jueves 28 de diciembre del mismo año. Cataloga, narra, recopila la lista de crímenes y sus circunstancias. Cita a las muertas con sus nombres y apellidos. El recuento es espeluznante y lo cuantitativo se transforma en cualitativo. La estadística vuelve a oírse, entre el ruido blanco de los televisores, gracias a la atención al detalle y la circunstancia particular: Matilde, Pilar, Carmen, Gloria, Erika, Maricica, Raquel... Lean este texto riguroso, escrito sin sensacionalismo, que ilumina una realidad que no puede reducirse interesadamente a estampa de crónica negra, sino que remite a las diferentes dimensiones de la violencia estructural que padecemos. Mientras tanto, la Asociación de Mujeres Juezas de España denuncia la falta de medios y reclama que sean catalogados como delitos machistas no solo los que se producen en el seno de la pareja. Reclama la condición de «víctimas» para los meno-